

íntegro el estudio espléndido que de ese drama hizo el insigne literato que por todos es llamado cariñosamente el Maestro, porque todos hemos aprendido de él casi cuanto sabemos. Pero por si alguien hubiese extrañado el origen humildísimo del teatro español, copiaré de esa crónica del Maestro lo que sigue, para que lo compare con el del inglés:

“En la época de Shakespeare ya había algunos teatros en Londres, y en el pueblo inglés era ya viva la pasión por los espectáculos. Pero el atraso era grande: las maquinarias eran groseras y bárbaras, las decoraciones peores que las de los tablados de nuestras aldeas, y á veces un rótulo hacía las veces de perspectiva. Con dos espadas y un escudo se representaban ejércitos; con el redoble de un tambor una batalla; con un ramillete un jardín. La imaginación del público era más bien el maquinista.

“El teatro del *Globo*, del que fué empresario Shakespeare allá por 1603, era un especie de torre, construída sobre un terreno fangoso en los bordes del Támesis, rodeada de un foso lleno de lodo, y en la que podían entrar pobres y ricos, pagando seis peniques, dos ó uno. Los gentiles hombres podían estar al abrigo de la lluvia en la escena, y aun tener un escabel si pagaban un shelling. El populacho veía las representaciones en pie y mojándose cuando llovía. Bebíase cerveza dentro del teatro, se comía fruta, se jugaba, se fumaba, había rifias, y el público tenía en medio del patio, para los usos respectivos, un gran inodoro, cuya pestilencia era motivo de frecuentes insurrecciones. Para tal auditorio había dignos actores, chocarreros, libres, silbados ó apedreados, pero á veces insolentes y que concluían á puñetazos en ocasiones, sus farsas y sus mímicas.

“A Shakespeare se debió que los teatros hubieran comenzado á reformarse, á hacer uso de mejores máquinas y á representar piezas de mayor interés, aunque antes de él la literatura dramática inglesa fuese ya bastante rica. Los actores entonces, vivían en la abyección y no se diferenciaban de los histriones, no teniendo los magistrados inconveniente en mandar cortarles las orejas muchas veces. Ya en España, el teatro estaba más adelantado y comenzaba el siglo de oro de la literatura. Vivía Cervantes y nacía Moreto.”

Esas noticias las tomó el Maestro de la magnífica historia de la literatura inglesa, escrita por Tain.

### CAPITULO III

1867—1868

Hablar de teatros y no hacer referencia á la literatura en general, es punto menos que imposible, siquiera se trate de un libro tan sin pretensiones como éste, que debe su publicidad, aun sin ser digno de ella, al deseo de complacer á quienes no han querido ver dispersarse los datos por mí recogidos en muchos años de ímproba é incesante labor.

Pero las tales referencias son por demás difíciles de hacerse, por quien como yo carece de méritos y cualidades que le autoricen á juzgar de los de aquellos que sin duda los tienen superiores, y por quien conociendo el *genus irritable vatium*, no quiere, cuando ya se siente viejo, batallar en torneos de amor propio, más expuestos y reñidos que los librados por los antiguos paladines de su Dios, de su rey y de su dama.

De este exordio, que no deseo prolongar para que no se estime fingida modestia lo que es paladina confesión de carencia de méritos, se deduce que procuro previamente disculparme de cuantas omisiones haya de notar el lector, aun el más benévolo, en lo que va á seguirse.

Quizás coordinando ciertos pormenores y noticias aquí y acullá esparcidos en precedentes capítulos, pudiera intentar algo de lo que estoy cierto no voy á hacer; mas válgame mi repetida disculpa de que en la naturaleza humilde de mi libro no caben fácilmente ciertos detalles, y pasemos á tratar de las *Veladas Literarias*, inolvidables, por lo menos para quienes fuimos testigos de sus esplendores.

Verdaderamente, su carácter y organización fueron de tal naturaleza que nada que pueda serles semejante se encuentra en las memorias literarias de México.

No hecha, ni siquiera iniciada la Independencia, preséntase como primera agrupación de hombres de letras entre nosotros, la *Arcadia Mexicana*, de la que ya he dicho algo, con su órgano en la prensa el *Diario de México*: hay, sin embargo, quien cite la existencia de otras que parecen haber llevado los títulos de *La Encarnación*, *San José* y *San Felipe Neri*. La *Arcadia* se honró inscribiendo en sus catálogos los nombres de Fray Manuel de Navarrete (*Anfriso*), D. Anastasio

de Ochoa (*Antimio*) y algún otro más ó menos ameritado, pero nunca tanto como éstos. No entraré ciertamente á discutir la importancia de esa asociación; mas no creo que ninguna de sus sucesoras haya motivo para tenerle envidia. La falta de inspiración y estro poético corría competencias con las más vulgares faltas prosódicas y con la vaciedad de los asuntos puestos en verso, casi siempre de arte menor.

Tan usuales eran esos defectos y de tan inconsciente modo se cometían, que un antiguo biógrafo de Ochoa, dice: "Algunos años después de la Independencia apareció en México la prosodia castellana de D. José Sicilia, cuyos ejemplares causaron una revolución tal en nuestra poesía, que los que entre nosotros habían pulsado la lira, avergonzados de haber incurrido por tanto tiempo en defectos tan leves, se apresuraron á beber aquellas lecciones, á corregir faltas de tan poca monta en sus composiciones pasadas, á precaverse de volver á incurrir en ellas, y á tributar elogios al que había derramado una luz tan viva sobre un punto que tanto hace ganar á la versificación en suavidad y dulzura, de cuyos elogios aun nos queda una hermosa oda del Sr. D. Francisco Ortega. Ochoa corrigió según ellas sus composiciones para su edición de dos tomos impresa en Nueva York en 1828."

Ya independiente México, empiezan á producirse ó revelarse verdaderos poetas, y D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, D. Francisco Ortega y D. Andrés Quintana Roo, al par del ilustre cubano D. José María Heredia, honran con excelentes poesías las páginas de *El Observador*, *El Amigo del Pueblo*, *La Minerva*, *El Recreo de las Familias*, y varios periódicos políticos como *El Sol*, *El Aguila*, *El Correo de la Federación* y otros, entre una multitud de *versistas*, infames en los asuntos, detestables en la forma.

Viene después 1836 con la fundación de la meritisima *Academia de Letrán*, y síguese *El Mosaico Mexicano*, publicación editada por D. Ignacio Cumplido, que abraza con algunas interrupciones, los años de 1837 á 1842. Reducido en un principio ese semanario de variedades á la inserción de artículos extranjeros que á su traductor parecían curiosos ó interesantes, fué poco á poco mejorándose ó *mexicanizándose*, y con gusto del lector y con gloria de las letras, abundan allí las firmas de José Joaquín Pesado, Ignacio Rodríguez Galván, Juan N. Lacunza, Wenceslao Alpuche, Manuel Tossiat Ferrer, R. Olarte, Antonio Larrañaga, José Gómez de la Cortina, Guillermo Prieto, José Bernardo Couto, José María Lacunza, José María Lafraqua, Manuel Carpio, José Joaquín de Mora, José María Tornel, Vicente Calero Quintana, V. Roa, Luis G. Cuevas, Fernando Calderón, Casimiro del Collado, Rafael Enrique Laso, José María Gironi, P. Almazán, Manuel Payno, M. Alcalde, Félix María Escalante y Juan

Díaz Covarrubias. Varios de ellos figuran en los tomitos de *El Año Nuevo*, de 1837 á 1839.

Sucede al *Mosaico*, y también editado por Cumplido, *El Museo Mexicano*, de 1843 á 1844: á muchas de las firmas que acabo de copiar unen las suyas en el nuevo semanario de literatura, Ramón I. Alcaraz, Juan N. Navarro, Agustín A. Franco, Alejandro Rivero, Mariano y José María Esteva, Fernando Orozco, Alejandro Arango, Manuel Díaz Mirón, M. Inda, José de Jesús Díaz, José Sebastián Segura, José María Roa Bárcena, Román Alatorre, Vicente Segura y Carlos Hipólito Serán.

Por la misma época de 1841 y 1842, *El Semanario de las Señoritas* editado por García Torres, *El Liceo Mexicano* por Lara, y el *Repertorio de Literatura* por Miguel González, á su turno unen muchas de las citadas firmas con las de F. Gavito, Nicolás García de San Vicente, José Mariano del Castillo, Andrés Nieto, Rafael Cansola, Joaquín Pérez Comoto y Manuel M. Zamacona.

Así vinieron sucediéndose las primeras generaciones literarias dignas de ese título, dicho sea con todo el respeto que acordarse quiera á las puramente coloniales, en las que, por más que nos esforcemos, salvo los Vela y los Soria y los eminentes Sor Juana y Alarcón, sólo tropeizamos con ridículo culteranismo ó prosaica llaneza. De la época relativamente más feliz del *Diario de México*, apenas pueden entresacarse Navarrete y Ochoa, pues aunque en ella comenzó á brillar Sánchez de Tagle, más bien debe clasificarse en la primera generación independiente.

La *Falange del Estudio* y el *Liceo Hidalgo*, en 1850 y 1851, tienen por órgano *La Ilustración Mexicana*, también de Cumplido, regentada por el insigne Francisco Zarco. En ese semanario firman Joaquín Téllez, Emilio Rey, Luis Gonzaga Ortiz, Manuel Zamacona, Félix María Escalante, Francisco G. Bocanegra, Marcos Arróniz, Guillermo Prieto, Fernando Orozco, José T. de Cuéllar, Pablo J. Villaseñor, Epitacio J. de los Ríos, José María Vigil, Vicente Calero Quintana, Francisco Granados Maldonado, Andrés Davis Bradburn, Manuel Orozco y Berra, Juan Mateos, Ignacio Algara, Francisco Orellana, Anselmo de la Portilla, Sebastián Segura, Dolores Guerrero, Manuel Peredo, Joaquín M. del Castillo y Lanzas, José M. Rodríguez y Cos, Pantaleón Tovar, José González de la Torre y Aurelio Luis Gallardo. En este extenso catálogo, que aun podríamos alargar con nombres como el de Juan Valle, figuran muchos de los de antiguo ilustres y muchos que lo eran ya ó lo fueron poco después.

Estos brevísimos apuntes se refieren, como ya se habrá comprendido, principal y casi únicamente á los poetas más ó menos señalados, y no debe por lo mismo extrañarse que en ellos falten los nombres de Fernández Lizardi ó *El Pensador*, con su *Periquillo* y sus fá-

bulas; Florencio del Castillo con sus sentidísimas leyendas, y algunos otros como ellos, buenos y distinguidos. Faltan también los de eminentes periodistas, pero no debo explorar aquí el no estudiado campo de la prensa, con su mal cultivado oasis colonial de la *Gaceta* y los vehementes papeles del año 1812 y de los primeros del gobierno autónomo.

Básteme decir que quien haya alguna vez recorrido la prensa de días post-trigarantes, envenenada con las escandalosas pasiones políticas de sus respectivas épocas, y registrado los libelos de 1826 y 1828, y las páginas de Ibar, Dávila y Bustamante, habrá visto que más que para enorgullecerse sobran causas para avergonzarse, y se habrá felicitado, con un experto escritor, de que los periódicos de 1840 en adelante, si bien más fríos y especuladores hayan sido también mucho más instructivos y decentes. No se busquen, pues, aquí, ni los nombres ni los méritos de los *La Llave*, *Santa María*, *Herrera*, *Couto*, *Olaguibel* y otros, y los de sabios y literatos, cuales *Francisco Pimentel*, *José Fernando Ramírez*, *García Icazbalceta*, *Joaquín Arróniz* y tantos que con respeto y admiración pudieran citarse.

De la mitad del siglo en adelante, la lucha civil en que se resolvieron problemas políticos de la mayor transcendencia, dividió radicalmente la gran familia literaria, distinguiéndose la fracción conservadora por el valor y mérito de sus semanarios; de ellos únicamente señalaré en 1851 *El Espectador de México*, sostenido por los más distinguidos redactores de *El Universal*, y *El Observador Católico*; y de 1855 á 1858 el no bastantemente apreciado que llevó el título de *La Cruz*, escrito de admirable modo por *Pesado*, *Roa Bárcena*, *Segura*, *Carpio*, *Arango* y *Escandón*, *Couto* y algunos más. Pocas veces se ha visto una causa cualquiera defendida por más ilustres campeones.

Cuando en 1867, la de la Libertad, sin duda más propicia á Dios, hubo triunfado de su enemiga, y cuando al fin de más ó menos meses, fuéronse perdiendo en amigable lejanía los últimos ecos de espantosa tempestad política, editado por *Díaz de León* y dirigido por *Ignacio M. Altamirano* y *Gonzalo A. Esteva*, apareció, para opacar á todos sus predecesores, *El Renacimiento*, periódico literario redactado por cuanto entonces era ilustre ú ofrecía garantías de serlo, ó mereció ser honrado con la bondad de tantas eminencias. Al frente de esa redacción aparecieron *Ignacio Ramírez*, *Sebastián Segura*, *Guillermo Prieto*, *Manuel Peredo* y *Justo Sierra*.

En la colaboración figuraron, *Isabel Prieto*, *Gertrudis Tenorio de Zavala*, *Casimiro del Collado*, *Manuel Payno*, *Manuel M. Zamacona*, *Luis G. Ortiz*, *Vicente Riva Palacio*, *Ignacio M. Montes de Oca*, *Anselmo de la Portilla*, *Alfredo Chavero*, *José María Bandera*, *José Rosas*, *Luis Ponce*, *Aniceto Ortega*, *Pedro Santacilia*, *Ricardo Ituarte*, *Juan Clemente Zenea*, *Enrique de Olavarría*, *José María Ramírez*,

*Julián Montiel*, *Hilarión Frías y Soto*, *Francisco Villalobos*, *Emilio Rey*, *Joaquín M. Alcalde*, *Joaquín Téllez*, *José de Jesús Cuevas*, *Gustavo G. Gostkowski*, *Jesús Alfaro*, *J. Rodríguez y Cos*, *Luis G. Pastor*, *Rafael González Páez*, *Juan A. Mateos*, *Manuel López Meoqui*, *Esteban González Verástegui*, *Martín F. Jáuregui*, *Roberto A. Esteva*, *Pedro Landázuri*, *Feliciano Marín*, *Juan Pablo de los Ríos*, *Joaquín Arróniz*, *Niceto de Zamacóis*, *Eligio Ancona*, *Anastasio Zerecero*, *Joaquín Baranda*, *Guillermo A. Esteva*, *José Fernández*, *Crescencio Carrillo*, *Olegario Molina*, *Manuel de Olaguibel*, *Antonio G. Pérez*, *José T. de Cuéllar*, *Santiago Sierra*, *Rafael de Zayas*, *Francisco Sosa*, *Eduardo Ruiz*, *José María Vigil*, *Manuel Sánchez Facio*, *Alfonso Lancaster Jones*, *Manuel Sánchez Mármol*, *León A. Torres*, *Gabino Ortiz* y *A. M. Rivera*.

Pero sin pensarlo nos hemos adelantado á hablar de *El Renacimiento*, que no empezó á publicarse sino en 1869, cuando nuestro relato no pasa aún de 1867, año en que se formó la brillantísima agrupación de escritores que hizo célebres las veladas literarias, y sostuvo el semanario *El Renacimiento*. Digamos, pues, cuáles fueron el origen y principio de ellas, cediendo la palabra al bueno y querido Maestro *D. Ignacio Manuel Altamirano*, quien en su *Revista de la Semana*, publicada en *El Siglo Diez y Nueve* de 7 de Enero de 1868, dice:

“Algunos amantes de las bellas letras han querido sacar más fruto de la tertulia que el recreo del ánimo, y determinaron reunirse cada ocho días para hablar de literatura y entregarse en el seno de la amistad á las sabrosas y útiles expansiones del espíritu. Fué *Luis Gonzaga Ortiz*, el tierno poeta y el amable narrador, quien tuvo el primero esta idea, acogida con entusiasmo por dos ó tres amigos á quienes la comunicó. A propósito de la lectura de una comedia de *Enrique de Olavarría*, invitó á algunos amigos para escucharla y hacer las observaciones que creyesen justas. En efecto, concurrimos, y tanto *Enrique* como nosotros quedamos asaz contentos de esa media noche, que nos pareció un minuto. ¡Tan deliciosa fué aquella sesión literaria!

“Algunos días después, con el deseo de repetir aquella agradable reunión, y con motivo de la llegada á México de *Guillermo Prieto*, de ese gran poeta en quien las desgracias no han podido apagar la llama del genio, nosotros también convocamos á un reducido número de amigos, para oírle alguno de los hermosísimos cantos con que su musa, siempre fecunda, ha enriquecido últimamente la literatura nacional.

“En esta sesión, pues, más concurrida que la anterior, se formalizó el pensamiento tanto tiempo acariciado por *Ortiz*; y él y *Cuéllar* formularon la proposición que establecía las reuniones semanarias, proposición que todos aceptaron gustosos y entusiastas, firmando en

seguida un acta sencilla, y sin fórmulas ni frases de rutina. Se convino, además, en no dar á esta sociedad de amigos íntimos, el carácter grave y seco de una academia, ni hacer reglamentos, ni imponer obligaciones, ni penas, circunstancias que acaban en este país con todo, sino que se dejó á la reunión su carácter familiar y anárquico, lo cual ha hecho precisamente que reine siempre un orden y una cordialidad que no hemos visto hasta aquí en sociedad ninguna, y por la primera vez, quizás, la sinceridad y el afecto han sido los únicos vínculos que han hecho estrecharse corazones, que de otro modo se habrían separado al día siguiente. Esto sea dicho en honor del carácter mexicano.

“Tal es la historia del origen de esas *Veladas literarias* que están siendo cada vez más interesantes, que están llamadas á influir poderosamente en el progreso de la literatura nacional, por tanto tiempo decaída y olvidada, y que renuevan para nuestra generación los días dorados de la Academia de Letrán y del Ateneo.”

La lectura de nuestra humildísima comedia, de que habla el querido Maestro, se hizo en una de las noches del último tercio de Noviembre de 1867, ante D. Anselmo de la Portilla, D. José T. de Cuéllar, D. Manuel Peredo, D. Lorenzo Elizaga, D. Ignacio Altamirano, D. Luis Gonzaga Ortiz, y otras varias personas, que, no por no presumir de literatas, dejaban de tener buen gusto, y como aquellas, honraron con su atención y su aplauso al autor. Al final de cada uno de los tres actos en que la comedia estaba dividida, Luis Gonzaga Ortiz hacía pasar á sus huéspedes á una habitación próxima á la elegante sala, y con esa finura y distinción que siempre le fueron peculiares, obsequiaba á sus amigos con pasteles y dulces, generosos vinos y calientes ponches, y á la lectura seguía la libación, “ni más ni menos, dice Altamirano, que si Anacreonte ú Horacio hubieran presidido aquella compañía.” Este fué el *patrón* para todas las reuniones sucesivas, más ó menos fastuosas en el agasajo de pasteles y vinos, y más variadas por la lectura de diferentes autores, lo que no pudo hacerse en esta primera, porque la lectura de *Los Misioneros de Amor*, título de la comedia citada, se prolongó hasta muy corrida la media noche.

Luis Gonzaga Ortiz fué, pues, como dice Altamirano, quien tuvo primero la idea de las *Veladas literarias* y quien dió la primera con motivo de hacer oír la lectura de la comedia en cuestión; si el público oyente no fué tan numeroso como en otras veladas que siguieron á esa, la *calidad* suplió y bastante á la *cantidad*, y así debe reconocerse en honor de Ortiz, á quien el Maestro retrata en todo su valer en los párrafos que en seguida copio: “Ortiz, bien conocido en la República por sus bellísimas composiciones, firmadas ya con su nombre propio, ya con el pseudónimo de *Heberto*, que usó algunas veces,

es un poeta erótico por excelencia y por carácter. Es el cantor de las rosas y de las mujeres bellas, de las dulces entrevistas y de los adioses tristes, de los deseos voluptuosos y de los goces tranquilos. Es el sibarita de la literatura. El amor es su especialidad; pero no el amor tempestuoso, terrible, que va hasta el crimen y hasta la depravación; no es la pasión que tiene gritos destemplados, maldiciones sombrías, carcajadas de incredulidad y miradas de demonio. No. Luis Gonzaga es antes que todo, poeta dulce, bueno y melancólico, pero no desesperado; sensual, pero no libertino; en su alma, como en los campos que tanto quiere, el amor florece cada año, y no se extingue con el invierno la savia de la vegetación. El ama, olvida y vuelve á amar, y sus amores, como su poesía, son una cadena de flores á cual más fragante. Ortiz ha cantado la ciencia y los combates con felicidad; pero siempre su musa ha protestado que el amor es su constante inspiración, y ha preferido cantar los combates de las doncellas, *proelia virginum*, como dijera Horacio. En la antigua Grecia, Ortiz habría pulsado de preferencia la lira *jónica* ó la *lidia*, cuyas armonías hacían cerrar los ojos de placer á las hermosas. En el género erótico ha cultivado con maestría todos los estilos, menos el violento y arrebatado, que nunca toca. . . . . A veces, sin embargo, sus cantos tienen acentos más profundamente tristes y que revelan amargos dolores, que naturalmente procuran exhalar con quejas más hondas y más punzantes. A veces le creemos impulsado hacia su lira, como en busca de desahogo, y nos parece percibir en sus elegías algo, como un suspiro de alivio, lo cual no es raro, *perche cantando il duol si disacerba*, como dijo el Petrarca.”

En un estudio literario que de mi libro “Poetas líricos mexicanos,” publicado en Madrid, hizo el eminente cuanto severo crítico español, D. Manuel de la Revilla, califica á Luis Gonzaga Ortiz como *uno de los mejores poetas de la colección*, elogia *sus robustas octavas reales* y asegura á su autor *el dictado de poeta de grandes alientos*.

La segunda tertulia literaria se verificó el 4 de Diciembre en la casa del Maestro Altamirano, que por medio de esquelas “invitaba á una reunión de amigos en que hablaremos de literatura y oiremos á Guillermo Prieto, que nos leerá algunas de sus nuevas composiciones.”

“La tertulia tuvo por lugar de escena, dice Ortiz, un saloncito bello y confortable, donde no se veía el lujo del magnate, sino la bella sencillez del hombre de genio y de talento. Un menaje carmesí; algunos buenos grabados en sus cuadros dorados; un gran espejo sobre una consola que sostenía dos candelabros con muchas luces; magníficas ediciones de todos los clásicos antiguos y modernos, en elegantes repisas; un piano sencillo, y en el centro del saloncito una mesa con libros, álbums, tazas y elegantes jarrones que sostenían ramilletes de tímidas y perfumadas violetas, que hacían dulce y sensual la

atmósfera de aquel agradable recinto. Los asientos se veían todos ocupados por poetas. Las armas, la literatura y la prensa periodística, se veían allí reunidas; Guillermo suspiró sus canciones, y á cada una de ellas siguió una tempestad de aplausos: eran las voces íntimas de su alma, que depositaba en el seno de sus hermanos. Vicente Riva Palacio tomó el arpa sonora para cantar la *Siesta deliciosa*. José Cuéllar nos leyó su apólogo *Los árboles*, lleno de ciencia y de botánica. Siguió Nacho Altamirano con todo el ardor, la riqueza y la exuberancia de los hijos del Sur, cantándonos el Atoyac, los mameyes, los manglares, los naranjos en flor; transportándonos á su edén, con sus flores, sus aves, sus fuentes y su cielo: su arpa dócil es fácil á su mano, como lo sería un noble potro mexicano, obediente á la rienda, ya para salvar un torrente, ya para piafar tranquilo sobre una alfombra de césped. ¡Si nos fuese posible imitarlo! En seguida el Dr. Peredo hizo salir de sus tumbas á Horacio y á Mecenas, que reían al escuchar su magnífica apología. Olavarría, Alfredo Chavero y Elizaga, improvisaron preciosas composiciones que fueron mezcladas con piezas de música, tocadas al piano por varios de los concurrentes, y sabrosísimos sorbos de vinos generosos, espumoso Champagne, humeante ponche, pasteles y confituras, y sobre todo, oportunos brindis, cuentos y dichos alegres y graciosos. La reunión acordó la publicación semanal de las poesías y artículos leídos en cada una de estas sesiones, á las que se les acordó el título de *Veladas literarias*."

La siguiente reunión tuvo verificativo en la elegante morada de Agustín Lozano, que, sin ser literato, era amigo de los cultivadores de las bellas letras, y solicitó el honor de recibirlos y obsequiarlos. Partidario del lujo, de la elegancia y del refinamiento esplendoroso, Agustín Lozano desplegó una inusitada magnificencia en el obsequio: excelente orquesta, helados, vinos y manjares exquisitos; nada faltó en su casa, puesta con el mayor gusto y con abundancia de ricos muebles.

Sucedió á esa velada la que á sus amigos ofreció Luis Gonzaga Ortiz, no tan modesta como lo prevenía el acta levantada en casa del Maestro: en su lucida reunión, el inspirado poeta cubano Juan Clemente Zenea leyó el magnífico primer canto de un poema que sorprendió y admiró á todos sus oyentes: recitó Joaquín Villalobos unas octavas reales muy patrióticas, Juan Mateos leyó la introducción de su poema *Jesucristo*; siguiéronse José Rivera y Río; Cuéllar con su apólogo *Las Palmas*; Sánchez Facio, con su romance *La Vida*; Altamirano, con su espléndida oda á *María*; Peredo, con una *Silva á la Noche*; Chavero, con una traducción de Homero; el singular poeta Joaquín Téllez hizo pensar y reír con una de sus composiciones, á la vez festivas y sentimentales; leyó después Julián Montiel, y cerró la

sesión literaria Ignacio Ramírez con una sátira terrible, punzante, llena de chiste, de veneno, con el título de *Invocación á la musa*.

Sería inútil y cansado pasar revista una por una á todas aquellas brillantísimas reuniones, ya la muy elegante ofrecida por Joaquín Alcalde, ya las espléndidas y fastuosas de Riva Palacio en su morada de Donceles, y de Martínez de la Torre en la de la Palma: una recepción en la más derrochadora corte no podría desplegar mayor lujo que el desplegado por Martínez de la Torre en la noche que abrió su hospitalaria casa á los pobres escritores y poetas de la Capital.

Tanta exceso de lujo fué perjudicial á esas reuniones, pues quien más, quien menos, todos cuantos hubieran querido honrarse llevando la *Velada* á sus casas, temían parecer pobretones y raquíuticos; y, además, de tal modo había aumentado en número el público oyente y el que á la sombra de los literatos iba á gustar de la mesa y de los licores de los ricos, que pocas salas eran ya ni medianamente capaces para darles albergue.

Alfredo Chavero y Juan Mateos iniciaron valientemente la vuelta á la sencillez de las primeras reuniones, en la *Velada* á que unidos invitaron en la casa de aquél; y la noche se pasó más en familia, y la literatura la ocupó en gran parte, todavía ante una buena mesa, pero sin padecer hartazgo. Mucho más modesta, pero no menos agradable y útil á las letras, fué la velada siguiente que dieron Ignacio Ramírez y Agustín Siliceo. Algún tiempo después la invitación partió del Sr. Schiaffino, que recibió á los escritores en su casa pompeyana de la calle del Cinco de Mayo, en hermosos salones decorados por artistas de la Academia de San Carlos. Esa velada, con honores de festín, se prolongó, por primera y única vez en la crónica de ellas, hasta las seis de la mañana.

La última que mencionaremos tuvo lugar en la casa de Riva Palacio, y á ella invitó la Asociación Gregoriana, que obsequió al Maestro Altamirano con un magnífico ejemplar de la edición barcelonesa del *Paraíso de Milton*, en señal de agradecimiento al ilustre literato por un trabajo que en honor de esa Asociación ejecutó.

Al mediar 1868, el Maestro Ignacio Altamirano, que había venido siendo el alma y el espíritu de aquellas memorables justas literarias, con suprema habilidad y delicadeza procuró y obtuvo la suspensión de las *Veladas*, que tales como venían celebrándose mortificaban la dignidad personal de los concurrentes pobres, con la ostentación de lujo, riqueza y abundancia de manjares y vinos que desplegaban los anfitriones, varios de los cuales llegaron á gastar en esos obsequios 500 y aun 1,000 pesos por noche.

El fin principal, cual fué el de estimular á la juventud literaria, estaba logrado de un modo absoluto, y puede decirse que no hubo ni una sola de aquellas reuniones que no mencionase una *alta* de algún

escritor distinguido y aun eminente desde el momento mismo de su presentación, de lo que fué ejemplo Justo Sierra, el grandioso y magnífico poeta.

Por lo demás, nadie podría negar los beneficios incalculables que esas reuniones produjeron á las letras mexicanas. La noble emulación; el ansia natural de brillar por el ingenio allí donde el lujo y el fausto parecían querer anonadarle con la multiplicidad de sus grandezas, casi siempre negadas aun á los más grandes talentos de la tierra; la satisfacción de imponerse con un pliego de versos ó de prosa á un público en su inmensa mayoría muy elegante, pero no acreditado como afecto á la literatura; el levantado anhelo de demostrar que las letras patrias podían merecer aquellos esplendores, y los fuertes empeños que se ponían en juego para conseguir que aquella agrupación de escritores, pobres casi en su totalidad, honrase las casas de los ricos ó magnates que como un favor solicitaban su visita, hicieron que se escribiesen muchas excelentes composiciones que quizá sin ese aguijón no se hubieran producido, y que saltasen al honroso palenque escritores que, tal vez, sin ese motivo para adquirir brillante gloria, no hubiesen salido de los rincones de su modestia, ocupados con el gran poeta español en buscar la escondida

“senda por donde han ido  
“los pocos sabios que en el mundo han sido.”

Las *Veladas* de 1867 y 1868 iniciaron un movimiento intelectual notable, é hicieron renacer la literatura mexicana, pocas veces tan rica en manifestaciones de talento como en ellas, porque allí no dominaba exclusivismo de ninguna especie, ni había, como hizo notar Altamirano, reglamentos que coartasen la libertad de nadie, ni ínfulas de academia que mortificaran á los humildes en méritos.

Cuando las veladas concluyeron, porque así lo quiso Altamirano con la aprobación de todos, el amigable grupo no se disolvió, y su centro fué la casa de aquél, que jamás trató de imponerse sino haciéndose grato á todos y conquistándose su cariño. Con él y á su lado, presentábanse los escritores de su época como un círculo de amigos en la más perfecta unión, y en teatros y en salones la que se llamó “Bohemia literaria” tenía puesto principal y distinguido, y era objeto de honores y atenciones de toda especie. No hubo fiesta ni solemnidad de ningún género que no juzgase una honra contar con el concurso de ese grupo de escritores; las empresas de espectáculos mandaban preguntar á casa del Maestro, cuántas localidades debían enviar para los *bohemos*, y en las fiestas oficiales las invitaciones á los *bohemos* nunca fueron las últimas. En ese grupo jamás hubo rencillas, nunca surgieron enemistades, jamás cupieron los odios. Ale-

gre grupo de hermanos, cantando pasó los años de la juventud y cantando se disolvió para formar familias, que casi en su totalidad tuvieron principio en alguna reunión literaria. Aquellas ligas aun no se han disuelto, y por esa razón, cuando hoy se encuentran los ya viejos *bohemos*, brillan en sus ojos chispas de juventud, y en su saludo suenan dulces notas de la sublime lira del afecto, y cuando la desgracia ó la muerte hiere á alguno de ellos, en el corazón de los demás queda resonando en doloroso eco, el angustioso grito ó el adiós tristísimo, hasta que el tiempo cubre con la losa de la conformidad ante lo irremediable, la celda que en nuestra alma quedó vacía para siempre.

#### CAPITULO IV

1868.

A pesar de lo que en contrario se esperaba, la Cuaresma se hizo sentir en aquel año de 1868, y las familias desertaron de los teatros, dejando en extremo reducido su público. En el de Iturbide casi hizo fiasco la farsa cómica *Un viaje á América*; agradó por su excelente desempeño el *Don Francisco de Quevedo* de Florentino Sanz, drama en que se presentó Amelia Estrella en la Compañía González-Ororio, que hubieron de contratarla porque la primera actriz designada en el elenco no llegó á venir á la República, y porque la nueva dama y el primer galán joven que se avisó tener en tratos, se ignoraba cuándo vendrían. Esto acontecía á mediados de Marzo.

El 18 de ese mes se dió en el Principal la función de gracia de la joven y simpática actriz Luciana Ibarzábal, con la comedia en tres actos y en verso *Los misioneros de amor*, escrita por Enrique de Olavarría y Ferrari, sobre el patrón de la misma obra francesa que ha servido en nuestros días para libreto de la aplaudidísima y repetidísima zarzuela *Los Mosqueteros en el Convento*. En su crónica de *El Siglo*, el Maestro Altamirano dijo: “Esta es la comedia que oímos leer en la casa de Luis Gonzaga Ortiz una noche, en la cual, como dice muy bien el ilustrado Director de *La Iberia*, que también asistió, nació el pensamiento de las “*Veladas Literarias*.”

Con la tal comedia sucedió una extrañísima cosa, que sin duda va á asombrar el saberla á cuantos han aplaudido y aplauden aún, pues parece destinada á larga vida, la zarzuela *Los Mosqueteros en el Con-*